

La insoportable levedad de un fierro

El policía de custodia en la puerta del Banco recibe la orden de volver a la comisaría a cuidar a los presos, a través del handy —según lo previsto— y nosotros que estábamos esperando enfrente, cruzamos.

—Tranqui viejito que todo va a salir bien —el Beto me da ánimo desde la *dos-cincuenta* sobre la que permanece montado, al ver que con cuarenta grados a la sombra y la campera puesta, soy un bloque de hielo en medio del desierto.

Apenas logro entrar antes del cierre, con las boletas que supuestamente vengo a pagar en mano, y el de seguridad me dice que no puedo permanecer en el Banco con gorra y lentes oscuros. Así que para quitármelos, debo utilizar la mano que llevo dentro del bolsillo de la campera —con la que empuño la pistola— y la cosa se complica.

—¿Se siente bien abuelo? —pregunta el guardia al verme todo transpirado, a lo que respondo con una puteada para mis adentros, al tiempo que un *Sí* poco audible emerge del fondo de mi garganta.

Arrancó después un pedacito de lengua del bicho colorado parado sobre una pata, que me recuerda haber elegido esta sucursal porque los turnos son a la vieja usanza. Vengo seguido además a esta ciudad del interior chaqueño, porque es donde está internada Angelita, pero no creo que vaya a regresar tras haber perdido el camuflaje.

Cuando planificamos la operación, se me ocurrió decir que los milicos no nos iban a perseguir más allá del límite provincial, que está pegado a esta ciudad, y me acusaron de ver demasiado policial yanqui.

—A la vuelta atravesamos unos montes por senderos que guardo en el GPS de cuando hacía *motocross* —el Beto me explicó, a lo que el Turco agregó: —Si todo sale bien los estaré esperando de este lado, subimos la moto a la chata y ¡a casita a hacer la repartija! Fue ahí que advertí por primera vez que, aunque el final era auspicioso, el uso del condicional generaba incertidumbre de su parte sobre la operación.

El de seguridad me pide que me siente, y antes de obedecer —al estilo jubilado—, me saco la campera (¡al fin!) que hago un bollo y pongo sobre mis piernas. Pero cuando quiero volver a empuñarla, busco en el bolsillo y no la encuentro. Encima, la minita sentada enfrente mío observa los movimientos cercanos a mi entrepierna, lo que me pone más nervioso aún.

Cuando el Turco me la trajo me advirtió que, para no delatar que no era de verdad, debía evitar hacer movimientos bruscos con ella. Entonces practicaba en casa haciendo como que tiraba de la corredera con la mano acanalada encima, al tiempo que imitaba el entrechocar de los metales y la bala que entraba a la recámara, con un chasquido de la lengua contra el paladar. *¡Esto es un asalto!* gritaba frente al espejo con cara de malo, como tantas veces hice antes en la realidad.

—No es igual... acá no siento el peso del fierro, le dije al Turco, y él respondió: —Pero si se pudre, con esta al menos no te dan tanto por la cabeza. Entonces volví a notar el condicional que revelaba sus dudas respecto del éxito de la operación. Por eso, ahora que estoy en el Banco, imagino que al gritar *¡Arriba las manos!* se va a cagar de risa el de seguridad, la minita (que encima está buena), los cajeros y la mujer de la limpieza que anda tomando mate por ahí.

Peor aún: cuando la Tere —dónde sea que esté— sepa que salió mal, dirá a mis hijos —¡Les avisé que este era un boludo! por más que ellos sepan bien por qué lo hago. Por eso tengo el cagazo que no tuve en otras ocasiones; la panza me hace ruidos, aparecen humedades inoportunas en otras partes del cuerpo, y pienso en lo desesperado que debo estar para volver tras un parate involuntario de ocho años. Pero cuando la imagen de mi nieta surge frente a mí, yo sigo adelante.

Uno de los cajeros echa un vistazo al pinche de los turnos ubicado entre ambos, para cantar el número que yo no hubiera querido escuchar. Entonces me acerco al mostrador mirándome a los pies, respiro profundamente, y logro agarrarla por la empuñadura. Pero cuando voy a sacarla, se traba en el borde del bolsillo, forcejeo, y cuando consigo liberarla tengo que atajarla que si no se cae al piso.

Después se me ocurre hacer la pantomima de la corredera, como en casa, pero acá es una idiotez. Encima se me hace un nudo en la garganta y no puedo gritar —con cara de malo o cualquier otra, llegado el caso— que esto es un asalto. Pero al ver el bulto negro frente a ellos, los cajeros levantan las manos por reflejo condicionado y permanecen calmos, como esperando a que el cliente diga si prefiere billetes grandes o chicos.

Tiro entonces las bolsas de consorcio sobre el mostrador para que pongan los sueldos de los obreros del aserradero, recorriendo con ojos exageradamente abiertos y cejas levantadas, el camino que va desde el gabinete con ruedas detrás de ellos, —donde están los sobres, según le batieron al Turco— y las bolsas. La sorpresa en la cara de los cajeros confirma que el dato *es posta*, y recién ahí es que voy tomando confianza.

El de seguridad habla con el *handy* en un rincón, y al sonar la alarma los polietilenos negros no dejan de estar arrugados. Pero yo siento que aún me queda tiempo, ya que el único móvil local operativo está ahora del otro lado de la ciudad, persiguiendo a los pendejitos que el Turco mandó a cascotear la casa de electrodomésticos.

Pero de repente suena el *doble bip* que anuncia el mensaje de una palabra: *Rajá*. Confirma que algo anda mal que el Beto, en la vereda, putea a la vez que pateo a la Yamaha. Finalmente logra hacerla arrancar, y por un instante creo que vamos a salir a los pedos apenas me suba detrás. Pero a punto de traspasar la puerta, siento un par de aceleradas a fondo, y casi al mismo tiempo el chirrido de gomas de la moto que se va, y la sirena del patrullero que llega.

No puedo culpar al Beto, que esperó tanto como pudo. Además sería una cagada que a él también lo agarren, que no tiene antecedentes y ni siquiera estaría acá si no fuera por su hijita, que se muere si no la interna pronto en Buenos Aires.

Sin un fierro de verdad, a mí no me cabe otra que entregarme. Quizás después safe si el comisario local, —que era subordinado nuestro en el ejército en Tucumán, y le debe favores al Turco—, habilita la puerta giratoria como hizo antes con su ex compañero del *grupo de tareas*. Pero la realidad es que ahora tengo un patrullero enfrente, con milicos parapetados detrás, mascullando bronca porque los hacen ir de acá para allá con cuarenta grados a la sombra.

Miro a través de una ventana hacia la calle, y un sudor frío recorre mi espalda al ver que el móvil estacionado enfrente del Banco no es el destartado de la comisaría, sino el de la departamental —que vaya uno a saber qué estaba haciendo por la zona a la hora de la siesta, y con semejante calor.

Al rato llegan otros móviles y los *polis* se organizan. Uno de ellos grita a través del megáfono que me entregue, y yo estoy a punto de responder que no tiren que la pistola es de juguete. Pero cuando veo al Turco entre ellos, me doy cuenta de que es tarde, porque si no soy boleta ahora lo seré en la comisaría, cuando el hijo de puta me mande a amasijar para tapar el chanchullo.

Acá al menos me van a plantar un fierro de verdad, pienso, y nadie —ni siquiera la Tere— podrá decir que soy un boludo. Empiezo entonces a levantarla despaciosamente, haciendo como que pesa, al tiempo que le sobo el lomo con la otra mano. Después hago como que tiro de la corredera, y el chasquido sale de mí boca tan potente esta vez, que rompe el silencio de la siesta.

En respuesta, un concierto de correderas de pistolas y escopetas de verdad suena en la vereda de enfrente, a la vez que el del megáfono grita el ultimátum. Aún así, me queda otra oportunidad para bajarla y entregarme.

Sin embargo, apunto en forma ostensible hacía la vereda de enfrente, y un aluvión me vuelve a meter a los empellones adentro del Banco, donde poco a poco me voy quedando solo, mientras pienso en Angelita.

Ricardo Parra, Octubre 2022